



BOLETIN MENSUAL

PATENTES DE MÉDICOS

1896 - 97

Reparto del déficit que resultó de la tributación por Patentes en el actual ejercicio de 1896-97 aprobado por la Junta del SINDICADO MÉDICO DE LA PROVINCIA DE GERONA en cumplimiento de lo prevenido en el artículo 11 del Real Decreto de 13 agosto de 1894.

Partido de Figueras

Agullana.	D. Heriberto Pou.	30	30 Pts.
Aviñonet.	D. José Pous.	30	30 ..
Borrasá.	D. Miguel Mas.. . . .	5	
	„ José Vila.	5	10 ..
Cabanellas.	D. Agustín Meya.	70	70 ..
Cadaqués.	D. Abdón Felip.	36	
	„ José Rahola.	36	72 ..
Capmany.	D. Jaime Poch.	30	30 ..
Darnius.	D. Emilio Cardoner.	30	30 ..
Espolla.	D. José Torrent.	20	20 ..
Figueras.	D. Joaquín Amer.	71	
	„ Pedro Bonet.	71	
	„ José Brusés.	71	
	„ Sebastián Costa.. . . .	71	
	„ Pelayo Martínez.	71	
	„ Emilio Monturiol.	71	
	„ Juan de Portolá.	71	
	„ Eduardo Puig.	71	
	„ Tomás Suñer.	71	
	„ Narciso Vila.	71	
	„ Enrique Vilar.	71	
	„ Guillermo Vilar.. . . .	71	
Patente tomada con posterioridad.		50	902 ..
	<i>Suma y sigue.</i>		1214 Pts.

		<i>Suma anterior.</i>		1214 Pts.
Garriguella.	D. Juan Corbera.	30	30	"
La Junquera..	D. Eduardo Figueras.	30		"
	„ Francisco Subirós.	30		"
	„ Federico Suñer.	30	90	"
Llansá..	D. Eugenio Perxés..	30		"
	„ Agustín Gifre.	30	60	"
Llers.	D. Pedro Salvatella.	30		"
	„ Agustín Texidor.	30	60	"
Massanet.	D. Antonio Figa.	30	30	"
Navata..	D. Emilio Llansó.	24	24	"
Palau Sabardera.	D. José M. Lagrifa..	10	10	"
Perelada.	D. José Centellas.	30	30	"
Port-Bou.	D. Pablo Ferrer.	60		"
	„ Ramón Martí.	15		"
	„ José Meuéndez.	15	90	"
Puerto de la Selva..	D. Pedro Oriol..	16	16	"
Rosas.	D. Esteban Fornas.	43		"
	„ Francisco Suñer..	43	86	"
S. Pedro Pescador..	D. Miguel Saliner.	20		"
	„ José Vidal.	40	60	"
Vilabertrán.	D. Pedro Cusí.	30	30	"
Vilajuiga.	D. Isidro Donadiu..	30	30	"
Vilasacra.	D. Ramón Darnis.	30	30	"
		<i>Suman.</i>		1890 Pts.

Partido de Gerona

Amer.	D. Joaquín Vilardebó.	20	20 Pts.
Bañolas.	D. Abdón Corominas.	8	
	„ Jacinto Gabanach.	8	
	„ Jaime Jenover.	8	
	„ Juan Mascaró.	8	
	„ José M. ^a Mascaró.	7	39
Cassá de la Selva.	D. Fernando Alemany..	6	
	„ Benito Puig.	7	
	„ Pedro Rubies.	6	
	„ Salvio Rusalleda.	7	26
Gerona..	D. José Ametller.	9	
	„ Buenaventura Carreras.	9	
	„ Juan Casadevall.	9	
	„ Narciso Detrell.	9	
	„ Jaime Figueras.	9	
	„ José Fuster..	9	
	„ Modesto Furest..	9	
	„ Mariano Garriga.	9	
	„ Joaquín Jubert..	9	
	„ Narciso Llach.	9	
	„ José Pascual.	9	
	„ Juan Roca.	9	
	„ Juan Roca Planas.	9	
	„ Narciso Ros..	9	
	„ Felipe Sánchez.	9	
	„ Benito Vallés	9	
	„ Francisco Viñas..	9	
Patente adquirida con posterioridad.		50	203
		<i>Suma y sigue.</i>	288 Pts.

	<i>Suma anterior.</i>		288 Pts.
La Escala..	D. Rafael Juli.	6	
	„ Rosendo Pí.	6	12 „
Llagostera.	D. Eugenio Maranges.	12	
	„ Manuel Martínez.	13	25 „
	<i>Suman.</i>		<u>325 Pts.</u>

Partido de La Bisbal

Calonge.	D. Baudilio Viladesau.	10	10 „
Castillo de Aro..	D. Francisco de P. Cassasa.	70	70 „
Corsá.	D. Baldomero Vilar.	10	10 „
La Bisbal..	D. Francisco Catalá..	25	25 „
La Pera.	No existe Médico alguno.		50 „
Palamós.	D. Emilio Bou.	7	
	„ Salvador Mas.	7	
	„ Honorato Sandarán.	25	
	„ José Nadal.	25	64 „
Pals..	D. Juan Tauler..	30	
	„ José Casellas.	30	60 „
Rupiá.	No existe Médico alguno.		110 „
S. Feliu de Guixols.	D. Vicente de P. Corominas.	5	
	„ Joaquín Falgueras.	5	
	„ Luis Lloret.	25	
	„ Juan Mas.	5	
	„ Manuel Matas.	5	
	„ Leopoldo Oliu.	6	
	„ Miguel Roure.	6	56 „
Torroella de Montgrí..	D. Antonio Casellas.	20	20 „
	<i>Suman.</i>		<u>475 Pts.</u>

Partido de Olot

Begudá.	D. Ramón Salvatella.	4	4 Pts.
Besalú..	D. Juan Matlleu.	16	16 „
Castellfollit.	D. Mateo Reynés.	40	40 „
Las Planas.	D. Tomás Franch.	4	4 „
Mieras..	D. Ramón Mir.	30	30 „
Olot..	D. Avelio Bernadas..	66	
	„ Francisco de A. Deu..	38	
	„ Gerónimo Gelabert.	48	
	„ Marcos de Roca..	48	200 „
Ridaura.	D. Isidro Corominas.	30	30 „
Santa Pau.	D. Antonio Coma.	30	30 „
San Esteban de Bas.	D. Francisco Fornés.	70	70 „
San Privat de Bas..	D. Joaquín Jenover.	5	5 „
Tortellá.	D. Luis Aguilar.	20	
	„ Bartolomé Blanch.	20	40 „
	<i>Suman.</i>		<u>469 Pts.</u>

Partido de Puigcerdá

Dás.	D. Lorenzo Subirana.	70	70 Pts.
Camprodón.	D. Francisco de A. Sau.	10	
	„ Pablo Monells.	10	20 „
Ger.	No hay Médico alguno.		44 „
Llívia.	D. Pablo Arbós.	10	10 „
Puigcerdá.	D. Lorenzo Bosom.	15	
	„ Francisco Bosomba.	15	
	„ Francisco Cot.	15	
	„ Jaime Durán.	15	
	„ Celestino Soler.	15	75 „
Ribas.	D. Agustín Budallés.	30	30 „
Ripoll.	D. Ignacio Durán.	62	
	„ Florencio Cavallería.	62	
	„ Pedro Angelats.	61	185 „
S. Cristóbal Campdevanol.	D. Carlos Puig.	30	30 „
S. Juan las Abadesas.	D. Paladio Comamala.	5	5 „
Adquirida una Patente con posterioridad.			25 „
	<i>Suman.</i>		<u>494 Pts.</u>

Partido de Sta. Coloma de Farnés

Anglés.	D. Celestino Roig.	20	20 Pts.
Arbúcias.	D. Ricardo Cortada.	15	
	„ Miguel Pons.	10	25 „
Hostalrich.	D. Miguel Formosa.	3	
	„ Ricardo Ros.	3	6 „
Lloret de Mar.	D. Martín Roca.	50	50 „
San Salvador de Breda.	D. Francisco Vila.	30	30 „
Santa Coloma de Farnés.	D. José Bofill.	10	
	„ Francisco Bofill.	90	
	„ Tomás Barrera.	10	
	„ Miguel Llinás.	10	120 „
Tossa.	D. Eudaldo Pous.	40	40 „
Vidreras.	D. Salvador Massa.	70	
	„ Pedro Boada.	5	75 „
	<i>Suman.</i>		<u>366 Pts.</u>

RESÚMEN

Partido de Figueras.	1890
Id. Gerona.	325
Id. La Bisbal.	474
Id. Olot.	469
Id. Puigcerdá.	494
Id. Sta. Coloma.	366
<i>Total.</i>	<u>4018 Pts.</u>

Gerona 29 Marzo de 1897. — Por acuerdo de la Junta. — El Presidente, JOSÉ PASCUAL. — El Secretario, JOSÉ FUSTER.

LA PSICOLOGÍA DEL RECIÉN NACIDO ⁽¹⁾

por el Doctor CH. VINAY, profesor agregado á la Facultad de Medicina de Lyon

Si queremos atenernos á una observación superficial, esta psicología no parece en verdad muy complicada; diríase que en el momento de nacer y durante mucho tiempo aún, el nuevo ser queda incapacitado para una operación intelectual cualquiera, por rudimentaria que sea, pareciendo continuar la existencia de parásito, que practicaba antes de venir al mundo; la alimentación, la digestión, el sueño, son las únicas manifestaciones de su actividad y los fenómenos psíquicos no deben entrar en ese periodo más que en una parte insignificante.

Pero examinando las cosas con alguna atención, se advierte que el recién nacido se adapta muy pronto á su nueva vida; á partir de los primeros instantes lléganle por los sentidos una multitud de sensaciones desconocidas: primero el tacto, luego el gusto, la vista, el oído le dan una noción muy obscura, pero gradual, del mundo exterior, y, gracias á estos factores de una importancia primordial que son la concurrencia, la adaptación y la herencia, se va acomodando poco á poco á su medio y á sus nuevas condiciones de existencia; en una palabra, va formando conciencia de su individualidad.

Al comenzar el presente estudio, creo útil indicar cuáles son sus límites y mostrar lo que hay que entender por la palabra *recién nacido*. Sabido es que la primera infancia se extiende hasta terminar el segundo año; en este periodo el niño es llamado *niño de teta*. En este periodo, se puede comprender una fase inicial que corresponde á los primeros días de la existencia: es la del recién nacido. Los unos, como Depaul, Marfan, quieren que esta expresión no se aplique sino á los veinte primeros días que siguen al nacimiento; en cambio, Pajot comprende todo el periodo que se extiende desde el nacimiento hasta la edad de tres meses, en razón á que la atrepsia tal como él la comprendía, era propia de los tres primeros meses de la vida.

Es indudable que si nos basamos únicamente en algunas modificaciones fisiológicas, como la formación del ombligo, el establecimiento de la circulación porta, etc., ó en el desarrollo de algunas enfermedades especiales, deberemos considerar como recién nacido al niño que no ha pasado de los veinte días. En ese periodo es, en efecto, cuando se observan ciertas afec-

(1) A la feliz coincidencia de ser D. Arturo Vinardell el traductor de la edición española *Semaine Médicale* que se publica en París, podemos dar á conocer anticipadamente el presente artículo, que por el interés y novedad del asunto bien merece ser reproducido.—N. de la D.

ciones, tales como la asfixia, las onfalorragias, las infecciones de origen umbilical, el tétanos, la ictericia, el pénfigo, el esclerema, las parálisis obstétricas, que forman por sus síntomas y su patogenia un capítulo marcadamente separado de la patología infantil.

Pero si se toma en consideración el desarrollo psicológico del niño, ese período es hartamente reducido; entre el primero y el vigésimo día, los progresos de la vida mental son imperceptibles; en cambio, son muy grandes si se tienen en cuenta los resultados realizados al cabo de tres meses. En esta edad solamente, el niño ha tomado conciencia de su individualidad; distingue su propio cuerpo de los objetos que le rodean, ha adquirido la noción de la distancia, es capaz de atención, manifiesta voliciones á menudo enérgicas, reconoce á su madre y puede sonreírle, su vida afectiva no se halla ya limitada á las necesidades inmediatas de la nutrición; en suma, puede decirse que su actividad psíquica se ha ya espiritualizado. De ahí que, por mi parte, me uno á la opinión de Pajot y considero como recién nacido al niño que se encuentra en los tres primeros meses de su existencia: de ese recién nacido vamos á ocuparnos en el presente estudio.

I

Tan luego como ha franqueado las vallas del claustro materno, el niño experimenta un sentimiento que participa á la vez del estupor y del asombro; pero esta impresión es fugitiva, cediendo á no tardar su sitio á los primeros vagidos. La brusca transición entre el caliente medio uterino y la rudeza relativa del aire ambiente le hace experimentar sensaciones que forzosamente han de ser dolorosas; los movimientos de los miembros no son ya atenuados por la presencia del líquido amniótico, la débil densidad del aire aumenta la brusquedad de las contracciones musculares, la piel aún mal organizada para la defensa resulta desagradablemente impresionada, las vías respiratorias se hacen permeables al aire que se introduce por torrentes hasta las vesículas terminales, la retina es invadida por rayos luminosos de una intensidad insólita, y de golpe el nuevo ser toma contacto con el dolor.

Esta necesidad ineluctable del combate por la existencia que hiere al hombre desde que nace, estos comienzos en medio de gritos de angustia, han ocupado la atención de poetas y filósofos. Lucrecio dice: «Semejante al marino que la tempestad ha arrojado sobre la playa, el niño que acaba de nacer se halla tendido en el suelo, desnudo, incapaz de hablar, desprovisto de todos los socorros de la vida, tan luego como aborda en las riberas de la luz, arrancado del seno materno por los esfuerzos de la naturaleza, y llena con sus gritos lastimeros el lugar donde acaba de nacer... ¡dolor bien legítimo! Quédale por atravesar una vida afligida duramente por toda suerte de males (1).» Schopenhauer se expresa de una manera análoga: «Salida de la

(1) LUCRECIO. De natura rerum. Libro V, versos 225 y siguientes.

noche de la inconsciencia, la Voluntad se encuentra transportada como individuo á un mundo sin límite y sin fin, entre innumerables individuos, llenos todos de aspiraciones, de sufrimientos y de errores, y después de haber atravesado una especie de sueño abrumador, corre á sumergirse de nuevo en su antigua inconsciencia.» Y dice en otra parte: «Nuestra entrada en la vida se hace en medio de lágrimas; el trayecto de la existencia es las más de las veces trágico y el desenlace mucho más aún todavía (1).»

Semejantes á los pueblos primitivos, los recién nacidos son primeramente seres de instinto; su preocupación única consiste en comer y dormir. Este período es muy corto y, al cabo de algunos días, se pueden ya notar las señales de un despertar de la inteligencia. Durante mucho tiempo, sin embargo, el dominio de la psicología debe limitarse á lo que los antiguos llamaban las facultades inferiores del alma; este dominio comprende: los actos reflejos, que constituyen el tipo más simple, la forma ínfima de la actividad psíquica; luego, los movimientos espontáneos, los instintos, las sensaciones con los modos de expresión que las acompañan y las traducen; por último, las manifestaciones más elevadas relativas á las condiciones de la voluntad y de la atención.

En el fondo de estas manifestaciones diversas del alma humana se halla la actividad que es su principio: las sensaciones son reacciones que implican el movimiento; no puede haber ni placer ni dolor sin actividad; los sentimientos son actos y, finalmente; todas las ideas tienden á la acción. Así, para simplificar este trabajo, estudiaré sucesivamente la *actividad motora y refleja*, la *actividad sensoria*, los *instintos*, la *atención* y la *voluntad*.

II

ACTIVIDAD MOTORA Y REFLEJA. — Los primeros fulgores de la existencia psíquica se manifiestan ya en la vida intrauterina por los movimientos espontáneos que produce el feto para substraerse á las presiones que le molestan. La actividad motora aparece ya en una época muy anterior á la que comunmente se admite; los brazos y las piernas se desarrollan á partir de la cuarta semana y, hacia la octava, la torsión en espiral del cordón es comenzada regularmente (2). Esta torsión no puede dimanar sino de los movimientos del embrión; Preyer hace notar justamente á este propósito, que en los animales multiparos cuyos fetos no pueden en modo alguno volverse del otro lado, el cordón no se halla retorcido (3). Cuanto á los movimientos espontáneos, son habitualmente percibidos por la madre hacia la décimo-octava semana. Estos movimientos acaban por hacerse visibles, aumentan-

(1) SCHOPENHAUER. Die Welt als Wille und Vorstellung.

(2) Es curioso recordar que Santo Tomás enseña, según Aristóteles, que un varón es animado al cabo de cuarenta días y una hembra hacia los ochenta á noventa días.

(3) PREYER. Physiologie spéciale de l'embryon. (Trad. fr. por Wiet). Paris, 1887, página 428.

do de intensidad á medida que se acerca el término de la gestación. Esos movimientos son útiles por cuanto permiten al feto adaptarse á la forma de la matriz: acaso traducen ciertas impresiones exteriores, como sensaciones de frío, ó bien son la manifestación de modificaciones internas. A partir del quinto mes, se distinguen en la piel las fibras nerviosas y los corpúsculos nerviosos.

¿Cuál es la naturaleza de esas movimientos? ¿Pertenece al dominio exclusivo de lo inconsciente, ó bien los centros de ideación y de volición toman en ellos una cierta parte? En una palabra, ¿funcionan las facultades psíquicas ya antes del nacimiento? Los fisiólogos que se limitan á conocer las condiciones próximas de los fenómenos tienen tendencia á considerar al niño como « un ser espinal », en quien los movimientos son automáticos por su naturaleza y reflejos por su origen. En cambio los psicólogos, como Pérez, juzgando por analogía, creen que mucho tiempo antes de nacer, el niño ha tenido ya conocimiento del bienestar y del dolor; ha experimentado gran número de sensaciones moderadas, en cierto modo indiferentes, pero que han encontrado algún eco en su conciencia ya formada. Acaso ha tenido verdaderos rudimentos de percepción (1).

La solución de un problema como éste no parece muy posible, y cuando uno quiere atenerse únicamente á lo que arroja la observación, échase de ver que, durante la vida intrauterina y en el momento de nacer, el niño no posee más que la conciencia simple, la de las impresiones del medio exterior que le suministra la sensibilidad. Esta conciencia más ó menos precisa es una propiedad de la materia viva, que se observa en los grados más ínfimos de la escala animal; es la del amibo, que manifiesta por medio de expansiones ó retracciones de sus pseudopodos « las impresiones favorables ó desfavorables del agua caliente ó fría, de los colorantes y de las soluciones salinas ».

Así, pues, en los comienzos de la vida, la actividad psíquica se traduce únicamente por el acto reflejo, que es la forma más rudimentaria de la vida mental; la impresión va seguida inmediatamente de la reacción, y, aún cuando el movimiento esté adaptado á un objeto definido, parece que la inteligencia y la voluntad no desempeñan más que un papel nulo; acaso debemos pensar, con Wundt, que la finalidad del reflejo tiene su aplicación en una evolución pasada de la conciencia. Lo inconsciente tiene sin duda la mayor participación en los fenómenos de movimiento, de emotividad, de reacción y de reflejo; pero estos fenómenos, aún inconscientes como son, no por esto son menos interesantes como manifestación de una sensibilidad por obscura que sea; su importancia es tan grande, en el sentido de observación, como la de la vida consciente del espíritu. Los monstruos anencéfalos en los cuales la ausencia de cerebro acarrea necesariamente la de la conciencia, ejecutan movimientos con sus piernas, y precisamente la exageración de esos movimientos es lo que permite á veces sospechar, antes del na-

(1) PÉREZ. La psychologie de l'enfant. Paris, 1885.

cimiento, la existencia de ciertas malformaciones congénitas; esos monstruos anencéfalos pueden llegar hasta á cumplir actos muy complicados, como los de mamar y criar (Maudsley). Son esos movimientos puramente reflejos del tipo bulbar ó medular.

Se equivocaría quien creyese que, siquiera durante la vida intrauterina, el niño no es más que un parásito cuyas manifestaciones vitales son la simple reproducción de la actividad materna. En él, la vida orgánica posee ya su individualidad; así, por ejemplo, comparando la temperatura rectal del feto y la de la madre *antes* del parto — y nada es más fácil en las presentaciones pelvianas — he notado que la temperatura del niño es *superior* á la de la madre; la elevación es como término medio de 0°5, 0°6 y hasta de 0°8; en el último examen, he hallado las cifras siguientes:

Temperatura rectal de la madre	=	37° 1.
— — del niño	=	37° 8.
— interna del útero	=	37° 6.

Estas cifras indican claramente que el niño presenta combustiones orgánicas independientes de las de su madre, y que consume por su propia cuenta.

Como indicaré más adelante, es verosímil que el niño, en el momento en que nace, no posee todavía centros definidos para la elaboración de las impresiones sensorias y para la ejecución de los movimientos sinérgicos; pero la aparición de estos centros no tarda en efectuarse; su sistema nervioso ha tomado un desarrollo rápido durante la vida intrauterina, y son suficientes algunos días para que su organización cerebral pueda adaptarse á las impresiones que va á recibir del mundo exterior.

Si se examina el peso bruto del órgano, vemos que en el acto de nacer el peso del cerebro, que es de 381 gramos, se eleva á 945 gramos al cabo del primer año; ha hecho más que duplicarse, pero es fácil comprender que en tal materia una cifra en bruto no significa en realidad gran cosa, pues, de no ser así, tendríamos que los cerebros más voluminosos serian los más inteligentes. Lo que hace la superioridad positiva del individuo y de la raza, son la cantidad y, sobre todo, las dimensiones de las células nerviosas, es decir, de los elementos donde se producen los fenómenos de ideación. Desde este punto de vista, es verdaderamente notable que el aumento del volumen del cerebro, durante la vida intrauterina, resulta á poca diferencia exclusivamente del aumento de volumen de las células nerviosas; más aún: parece que en el acto del nacimiento, la célula cerebral ha alcanzado su volumen máximo. He aquí, según el trabajo de Kaiser (1) las cifras que indican la marcha de ese crecimiento:

(1) KAISER. Die Functionen der Ganglienzellen des Halsmarkes. El Haya, 1891.

	Volúmen del cuerpo de las células.
Feto de 4 semanas.	1
— 20 —	17
— 24 —	31
— 28 —	67
— 36 —	81
Nacimiento.	124
15 años.	124
Adulto.	160

La unidad representa la dimensión de la célula nerviosa a cuatro semanas, la cual dimensión es entonces de $700 \mu^3$. Parece, en efecto, que en el momento en que el nuevo ser nace, esa célula ha ya adquirido el máximo de su volúmen. Cuanto al número, no solamente no ha aumentado, sino que diferentes cálculos muestran que las células nerviosas contenidas en el embrión presentan más bien tendencia a decrecer.

Al lado de los elementos llegados a su dimensión adulta, existen otros más delgados, que se presentan bajo forma de células muy pequeñas con una sola prolongación y un núcleo voluminoso; estas células de sustitución ó de funcionamiento más elevado no llegan a aumentar de volúmen sino en el momento de su funcionamiento. Ramón y Cajal es quien más particularmente ha insistido acerca de la gran riqueza de las expansiones celulares y de las arborizaciones de los neuronos en el adulto, comparada con la pobreza relativa de estos elementos en el niño. Hay que tener en cuenta también las circunvoluciones, cuya forma undulada tiene por resultado el aumentar la superficie de la corteza cerebral, la cual, por el hecho de estas undulaciones, resulta triplicada en su extensión. Hacia la vigésima semana es cuando las circunvoluciones permanentes empiezan a esbozarse en el feto.

Parece ser, pues, que en el acto de nacer el niño posee ya una organización nerviosa bastante completa para permitirle adquirir con mucha rapidez una experiencia, luego otra, perfeccionarlas y elevarse así poco a poco y gradualmente a las manifestaciones superiores de la actividad psíquica. Es un hecho de observación incontestable, que toda vida mental se halla en relación íntima por sus funciones con las funciones del sistema nervioso. Como indica Hannequin, « desde la estrella de mar, que responde una manera inmediata a toda excitación periférica, hasta los estados más complejos de la conciencia humana, los hechos psíquicos se encuentran siempre estrechamente encadenados a procesos nerviosos que les acompañan, les preceden ó les siguen (1). » Pero estos dos fenómenos, aún cuando íntimamente ligados, son irreductibles el uno al otro, y en realidad ignoramos cuál es el vínculo que exista entre un movimiento molecular y un hecho de conciencia; entre ellos existe un abismo. Sería verdaderamente hartos simple admitir, con cier-

(1) A. HANNEQUIN. Introduction à l'étude de la psychologie, p. 115, Paris.

tos fisiólogos, que las elaboraciones mentales son una función de los centros nerviosos, como la contracción muscular es una función de los músculos, como la secreción de la bilis es una función del hígado; el lazo que existe entre el mundo físico y el mundo moral no puede definirse por una vulgar comparación: este lazo queda ignorado é inaccesible á nuestros medios actuales de investigación.

III

ACTIVIDAD SENSORIA. — El funcionamiento de los órganos de los sentidos empieza á realizarse muy pronto; puede considerársele como contemporáneo del nacimiento. A decir verdad, ignoramos el momento en que hacen su aparición los centros de ideación motriz y sensoria; la experimentación en este punto es imposible y, de otro lado, las lesiones de la substancia nerviosa no pueden ilustrarnos acerca del funcionamiento de la corteza; son desconocidas en el recién nacido; la anatomía patológica apenas si existe en ese periodo inicial de la vida.

Pero si juzgamos por analogía con los experimentos practicados en los animales, es probable que en el acto del nacimiento los centros psicomotores de los miembros y acaso de los órganos de los sentidos no se hallan aún desarrollados; en este caso como en otros y mejor que en otros aún, la función hace el órgano. Según Soltmann (1), el desarrollo de los centros psicomotores se halla bajo la dependencia directa de las impresiones que el animal recibe del mundo exterior por el intermedio de sus órganos de los sentidos. En los animales que nacen ciegos, como el perro, es de notar que los primeros centros corticales no aparecen hasta dos ó tres días después que el órgano de la vista ha empezado á funcionar; así que, todos los movimientos que se producen antes no pueden ser más que movimientos reflejos de tipo medular; la voluntad no toma en ellos ninguna parte.

En cambio, en los animales que nacen con los ojos abiertos y cuya locomoción es inmediatamente perfecta, tales como el conejillo de Indias, el cerdo, el erizo, etc., de Tarchanoff ha demostrado que, á partir de los primeros días del nacimiento y hasta durante la vida intrauterina, existían centros psicomotores perfectamente desarrollados (2); así tenemos que, por el hecho de la herencia, los movimientos voluntarios podrían producirse sin que el animal hubiese sufrido la influencia del mundo exterior.

El *tacto* es el sentido primordial; es el sentido único en la mayor parte de los seres inferiores; por su medio es también desde luego cómo el niño adquiere las primeras nociones del mundo exterior; manifiéstase ya durante la vida intrauterina y, á partir del quinto mes, se pueden distinguir en la

(1) O. SOLTSMANN. Experimentelle Studien über die Functionen des Grosshirns der Neugeborenen. (*Jahrbuch f. Kinderheilk.*, 1886, p. 106.)

(2) J. DE TARCHANOFF. (*Rev. mens. de méd. et de chir.*, 1878, p. 723.)

piel las fibras nerviosas y los corpúsculos nerviosos; pero este sentido es muy rudimentario — como el sentido muscular, por lo demás — y uno y otro no se regularizan ni se desarrollan hasta fines del segundo mes que sigue al nacimiento.

Las primeras manifestaciones del tacto son tipo reflejo: es el pié que se retira cuando tocamos su planta con la uña; son la mano y los dedos que se pliegan sobre el objeto que se aplica á nivel de la faz palmar. Pero si la piel está provista de nervios que permiten experimentar las sensaciones, la verdad es que se halla aún mal organizada como órgano de defensa contra las sensaciones térmicas; el niño es muy impresionable á los cambios de temperatura; las glándulas sudoríparas son todavía rudimentarias durante los primeros días de la vida; el sudor es un fenómeno desconocido en el recién nacido, y así ocurre que temperaturas de 45°-46° producen en él verdaderas quemaduras; por la misma razón, es sumamente sensible al frío, y hasta, durante la vida intrateurina, el feto parece experimentar los cambios de temperatura.

Es bastante extraño que la primera glándula cutánea que presenta un desarrollo marcado sea la glándula mamaria. Hacia el cuarto día, y lo mismo en los varones que en las hembras, esta glándula se entumece, adquiere relieve y deja rezumar un líquido que presenta por su constitución química y su morfología la mayor semejanza con la leche.

El *gusto* viene luego, porque es necesario á la nutrición del nuevo sér; de ahí que su desarrollo sea rápido. La necesidad de comer es inmediata á partir del nacimiento y hasta precede á la ligadura del cordón. Si en tal momento se introduce el dedo en la boca, por regla general el contacto del mismo con la lengua y con el paladar determinan movimientos de succión; sólo los seres enfermizos, débiles, nacidos antes de término ó puestos al mundo á seguida de una operación grave, dejan de reaccionar; de ordinario, la ausencia de reflejo bucal es siempre de mal augurio para la salud y la vida del niño. Es de notar que las glándulas salivales funcionan muy pronto, mucho antes que las glándulas abdominales ó sudoríparas.

El sentido del gusto se perfecciona con bastante rapidéz: así, por ejemplo, al cabo de algunos días, cuando el niño se halla habituado á tomar el pecho, la introducción del dedo en la boca no produce ya el mismo resultado; cierto que el niño esboza algunos movimientos de succión, pero á no tardar la mueca que se dibuja en su rostro indica que puede hacer ya la diferencia entre lo positivo y lo simulado. El resultado es análogo cuando se trata de hacerle tragar leche de vaca mezclada con agua y sin azúcar; la percepción de una diferencia en la sensación es ya manifiesta á partir del tercer día.

Algo más tarde, cuando el conocimiento se desarrolla, el primer afecto es para la nodriza y, en la nodriza, el niño no vé ni comprende otra cosa que la mamá; el resto de la persona no es más que accesorio. Si en los comienzos el cambio de nodriza no presenta ningún inconveniente, no ocurre ya lo mismo al cabo de dos ó tres meses; pero en este punto hay que hacer in-

tervenir el sentido del olfato, como voy á indicar. Entre los tres y cuatro meses, todo lo que puede coger es llevado á la boca y los primeros experimentos táctiles están relacionados con el gusto. Compréndese perfectamente el predominio de este último sentido si se considera que la gustación es el preámbulo de la alimentación; todo lo que á ésta sirve debe pasar bajo la inspección de las papilas gustativas. Hay que notar, además, que las impresiones suministradas por los otros sentidos, como el tacto, la vista, el oído, son más bien desagradables en los comienzos, mientras que el aparato bucal procura las primeras sensaciones de placer: las sensaciones gustativas constituyen durante mucho tiempo el único gozo del recién nacido.

El *olfato* se desarrolla mucho más tardíamente que el gusto, del cual aquél no es más que un grado superior; los refinamientos olfatorios son, en efecto, bien inútiles en el recién nacido. Sólo en el curso del segundo mes es cuando ciertos niños reconocen á su nodriza en el olor que exhala la transpiración. El hijo de Darwin, á los treinta y dos días de haber nacido, «reconocía el pecho de su madre á una distancia de 75 á 80 milímetros, como demostraba por el movimiento de sus labios y la fijeza de sus ojos». Darwin supone que el niño estaba guiado únicamente por la sensación de calor y por el olor. Pero sucede con el olfato lo que con otros sentidos: ciertos sujetos presentan una precocidad verdaderamente notable.

Relativamente á la *vista* y al *oído* existe una preocupación bastante generalizada: la de que los niños no ven ni oyen en el momento en que nacen. Júzgase esto así por asimilación con algunos animales; en los perritos que acaban de nacer, los ojos empiezan á abrirse hacia el octavo día; en los conejos, las primeras señales de una fisura entre los párpados aparecen hacia el décimo ó el undécimo; el pabellón de la oreja está cerrado en el acto del nacimiento y no se abre, bajo forma de una hendidura muy pequeña, hasta el quinto día. En cambio, hay otros animales — como el conejillo de Indias, el cerdo, el erizo, etc. — que nacen con los ojos abiertos y cuya locomoción es perfecta en seguida ⁽¹⁾.

Es fácil asegurarse, por medio de una observación rápida, de que el niño no viene al mundo ni sordo ni ciego. Sus párpados están ampliamente abiertos y los rayos luminosos van á impresionar la retina á partir del instante del nacimiento. Cuando se expone bruscamente á un niño que acaba de nacer á una luz muy viva, la pupila se contrae y se produce un subitoguiño de los párpados; estos dos fenómenos indican claramente que la retina es ya sensible; por lo demás, los medios del ojo son permeables y transparentes, siendo fácil asegurarse de ello con el oftalmoscopio.

Por lo que á la audición respecta, la demostración es algo más difícil; sin embargo, es indudable que un recién nacido de dos á tres días solamente y que grita, resulta muy pronto calmado por medio de buenas palabras, sobre todo si éstas van acompañadas de alguna caricia. Ocurre á ciertas horas, en una Maternidad, que la mayoría de los recién nacidos que alberga

(1) J. DE TARCHANOFF. (*Loc. cit.*)

se ponen á chillar; pues bien, esa explosión de lloro no se produce nunca de una manera súbita, sino que comienza en un punto de la sala y se transmite rápidamente de una cuna á otra, á la manera de un reguero de pólvora. Por lo demás, nada impide que las ondas sonoras conmuevan el tímpano, puesto que el conducto auditivo es libre en toda su longitud.

Pero si el niño que acaba de nacer ve y oye, en cambio es incapaz de mirar y de escuchar; los centros corticales que presiden á estas funciones elevadas no se han desarrollado todavía; no lo estarán sino á seguida de un largo aprendizaje, cuando después de repetidos ensayos y de una adaptación gradual, la función haya creado el órgano. La influencia de la vista es capital en la educación del niño; ella es la que le dará la sensación del espacio, la noción de extensión, y, juntamente con el tacto, le permitirá reconocer su propio cuerpo, distinguiéndolo de los seres y objetos que le rodean; la vista es también la que originará las primeras manifestaciones de la atención; de ahí que su desarrollo se verifica con rapidez y precede al del oído, menos necesario á la vida de relación.

IV

INSTINTOS. — En las manifestaciones del instinto encontramos igualmente una forma de la actividad, toda vez que el instinto no es realmente otra cosa que una actividad que persigue un fin útil sin tener conciencia de ello; es el estimulante irresistible é innato que impulsa á toda criatura viviente á realizar los actos necesarios para su conservación y para la de la especie. Si el feto se dobla y extiende sus miembros en el líquido amniótico; si tan luego como nace el niño muéstrase capaz de ejecutar de golpe los movimientos rítmicos que conducen á la respiración y á la succión; si la pierna se retira cuando se cosquillea la planta del pie, no es seguramente la experiencia individual la que ha podido indicarle la forma y la extensión de los movimientos musculares que necesitan esos actos de nutrición ó de defensa; es la experiencia de los progenitores, transmitida por herencia, lo que aparece en esas manifestaciones diversas. Y, sin embargo, la precisión de esos movimientos es tan marcada, su naturaleza imperiosa, irresistible, es tan evidente, el fin perseguido es de una utilidad tan grande, que se ha podido — en una cierta época — invocar la existencia de un principio espiritual (interino por lo menos), principio vital, alma animal, inconsciente, que regulara las funciones orgánicas, que apartara las causas de trastornos hasta el momento en que el examen de la conciencia y de la voluntad bastase para mantener el equilibrio. Lo que hay de cierto es que el instinto precede á la inteligencia. A juicio de H. Spencer, es una resultante de reflejos que, cada vez más complicados, de organización cada vez más perfecta, han ido engendrando poco á poco las formas superiores de la actividad.

(1) OLSHAUSEN. Ueber den ersten Schrei. (*Berl. klin. Wochenschr.*, 26 Nov. 1894).

En el recién nacido, todas las principales manifestaciones del instinto son relativas á la conservación del individuo; á este respecto pueden señalarse la *respiración*, el *sueño*, la *nutrición* y ciertos sentimientos afectivos que tienen su origen en el instinto, como el *miedo*, la *cólera*, la *tristeza* y la *alegría*.

Respiración: Esta es la manifestación primordial del instinto en los comienzos de la vida extrauterina. Tan luego como el niño ha visto la luz, sus músculos inspiradores se contraen y el aire penetra en el pecho; la primera expiración va acompañada habitualmente del primer vagido.

Señálase á menudo la ligadura del cordón como la causa de los movimientos respiratorios; se supone que á seguida de la supresión brusca de la sangre oxigenada que viene de la madre por los vasos funiculares, se produce una acumulación de ácido carbónico en la circulación fetal; esta acumulación excita el bulbo y pone en juego al reflejo respiratorio. Observando la manera cómo sobrevienen los primeros esfuerzos de inspiración, adviértese bien pronto que el niño respira antes de la ligadura y del seccionamiento del cordón, aún antes que los vasos funiculares hayan cesado de latir; la acumulación del ácido carbónico es muy problemática, por lo menos en los partos normales.

Otros, como Olshausen (¹), creen que la primera inspiración es provocada por la compresión del tórax en el momento en que el tronco franquea el estrecho inferior y por la brusca cesación del fenómeno después de su desprendimiento; hacia el final del parto se produciría, parece, una especie de respiración artificial: compresión del tórax, luego brusca paralización, y los movimientos respiratorios vendrían entonces á realizarse. Esta interpretación es muy especiosa; es desmentida por los hechos de vagidos intrauterinos y por las tentativas de respiración que se producen antes del nacimiento, tan luego como el aire es introducido en la matriz por la mano ó por los instrumentos. En el curso de una versión, se puede oír perfectamente á un niño gritar cuando se hacen tracciones y se prueba de separar los pies; más aún: se ha dado el caso de percibir, en ese momento, el murmullo vesicular auscultando el útero.

En realidad, la excitación cutánea es la causa principal del comienzo de los movimientos respiratorios, y es por medio de esa excitación cómo se procura determinar esos movimientos cuando el niño nace en estado de asfixia.

Sueño: Es verosímil que la necesidad del reposo ó, mejor, de la pérdida momentánea de la sensibilidad y del movimiento existe durante la vida intrauterina. Los movimientos del feto, por violentos y amplios que sean, no parecen nunca continuos, sino que presentan incontestables períodos de reposo.

Esta condición de intermitencia subsiste aún con mayor claridad después del nacimiento, y es de regla que el niño que acaba de nacer se duerme muy pronto tan luego como ha sido bañado, limpiado y envuelto en sus pañales; supongo — es obvio decirlo — que las condiciones del parto hayan sido normales. Este primer sueño es profundo, no siendo jamás interrumpido.

pido por los ruidos que se producen en la habitación y duia á menudo una ó dos horas; su despertar se manifiesta por nuevos vagidos.

Es probable que, ni siquiera en los comienzos de la vida, el sueño no abole enteramente la actividad psíquica; desde los primeros días, ciertos niños parecen sonreír durmiendo, como si viesan pasar ante su vista alguna visión agradable; otros, ya más positivos, preludian movimientos de succión; algunas veces se puede observar que los ojos se mueven bajo los párpados cerrados sin que el sueño se interrumpa. La causa que más ordinariamente produce el despertar del niño en estas circunstancias es la sensación del hambre; á veces es una impresión visceral desagradable. La necesidad de sueño disminuye con bastante rapidez; en vez de constituir un estado á poca diferencia permanente como durante los primeros días, el sueño presenta interrupciones cada vez más prolongadas, tanto, que hácia el vigésimo día el niño puede pasar varias horas con los ojos abiertos, una vez que ha sido limpiado y que ha tomado su alimento.

Sentimientos afectivos: Los primeros sentimientos que se manifiestan en el hombre son de igual orden que los reflejos y los instintos que acabamos de enumerar; como éstos, son necesarios para la conservación del individuo.

Desde luego es el *miedo* el que aparece como la forma defensiva del instinto de conservación. Claro es que un tal sentimiento no puede ser provocado en el recién nacido por las causas que actúan tan poderosamente en un período más avanzado, tales como la obscuridad, el temor á los fantasmas, á las enfermedades, á los accidentes, lo vista de ciertos animales; en el recién nacido el miedo es causado únicamente por agentes físicos, y de ahí que se manifieste con bastante prontitud. El fenómeno es á menudo provocado por las más insignificantes maniobras, como el hecho de « enfajar » ó de « desenfajar » al niño, de meterle en el baño; estas diferentes manipulaciones provocan gritos de terror en cierto número, por lo menos durante los primeros días.

Después de las sensaciones táctiles desagradables, hay que colocar las impresiones auditivas, sobre todo la audición brusca y cercana, como el disparo de una pistola, el ruido estridente de un silbido, el de un petardo, el estampido del trueno. A los tres meses únicamente es cuando los fenómenos visuales entran en juego pero durante mucho tiempo las impresiones auditivas serán las predominantes: el ruido del trueno espanta al niño mucho antes que el fulgor del rayo.

El miedo se traduce únicamente por gritos, temblores, sobre todo por el temblor del mentón, algunas veces aún por la palidez súbita de la cara, seguida á no tardar de la congestión que provocan los gritos y los esfuerzos; parece como que el niño esté advertido de que un peligro le amenaza y, sin embargo, la experiencia personal no entra en ello para nada. En lo que concierne á los gritos de terror que lanza el niño al ponérsele en el baño, durante los primeras días, no deja de ser bastante singular el que pierda tan pronto el recuerdo del líquido amniótico en el cual ha estado sumergido por tanto tiempo antes que nazca. Tan luego como los niños se hallan colocados en

un baño tibio, muchos de ellos se revuelcan y prorrumpen en gritos violentos y, sin embargo, la sensación no tiene nada de dolorosa puesto que el líquido conserva siempre una temperatura moderada; no se pueden atribuir sus lamentos sino á una impresión moral, á un sentimiento de pavor y de azoramiento más bien que á un dolor verdadero. Esta ausencia de memoria, por lo demás, es un hecho general que se observa en la primera infancia; los niños de muy corta edad pierden fácilmente el recuerdo de las sensaciones y de las imágenes, porque en el momento en que esas imágenes y esas sensaciones llegaron á ellos, eran aún incapaces de atención, y, como la impresión fué fugáz, de aquí que su reproducción ulterior sea imposible. Las únicas sensaciones retenidas tienen un fin útil y se refieren á la nutrición.

El sentimiento de la *cólera*, que es la manifestación del instinto de conservación en su forma agresiva, aparece más tardíamente; no es ya un sentimiento que se traduce á la manera de un reflejo, como el miedo; sino que exige, para manifestarse, una cierta espontaneidad del individuo.

La *cólera* se revela en el niño por el fruncimiento de las cejas, la rojez de la cara, los movimientos bruscos de los miembros, los gritos y las lágrimas; sobreviene ya en el curso del segundo mes á propósito de ciertas impresiones táctiles ó viscerales desagradables, como el hambre, como los cólicos. La agitación del niño es tal, que se muestra extraño á todo cuanto le rodea y á veces recobra la calma con bastante dificultad; hasta en esa época de la vida, puede comprobarse cuán justa es la definición de Horacio: *Ira furor brevis*.

Tristeza, alegría: Podemos hablar aquí del placer y del dolor que son las condiciones generales de la existencia y que se encuentran en el origen de toda actividad psicológica. Es de notar que, entre las impresiones que experimenta el tierno niño, predominan las que son desagradables y causan aflicción; parece igualmente que exista en las manifestaciones del dolor una cierta diferencia relativa al sexo: en general, las niñas gritan y lloran con más fuerza y más á menudo que los varones; acaso esto dimanase de que su sistema nervioso sea ya más delicado y más impresionable.

El dolor se traduce por los gritos que lanza el niño á poco de nacer, y, algo más tarde, por las lágrimas. Apenas si es necesario hacer notar que, durante los primeros días de la vida, el recién nacido es incapaz de llorar, sin duda porque la glándula lacrimal es aún harto rudimentaria para poder funcionar; ni siquiera una irritación bastante intensa de la conjuntiva — como la que resulta de la aplicación del método de Credé (instilación, entre los párpados, de una gota de solución de nitrato de plata á 2 0/0) — llega á provocar nunca la menor secreción lacrimal. Las lágrimas verdaderas fluyen raras veces antes del vigésimo día, y su producción apenas si traduce en ese momento más que un dolor interno. Darwin notó por primera vez un sollozo bien marcado á la edad de ciento treinta y ocho días del niño. Yo he observado el mismo hecho á una edad mucho más precoz, en un niño que no tenía en efecto más que cinco semanas, atacado de una parálisis obstétrica de Erb y que se hallaba sometido á un tratamiento eléctrico. La aplicación

de los electrodos no había provocado sino gritos violentos durante el primer mes, pero, á partir del trigésimo-tercer día, esos gritos se convirtieron poco á poco en verdaderos sollozos, que persistieron mientras funcionó la corriente.

La sonrisa no se dibuja apenas antes de terminarse el primer mes, y es hacia el final del segundo cuando los niños pueden reir francamente, á carcajada suelta. Pero así como los gritos de dolor y las lágrimas sobrevienen espontáneamente, sucede todo lo contrario con las manifestaciones de gozo, las cuales exigen una cierta provocación ó excitación por parte de las personas que rodean ó cuidan al niño, en cierto modo una sugestión que pasa de la madre á su hijo. En el verso tan conocido de Virgilio: *Incipe, parve, puer, risu cognoscere matrem*, es probable que se trata de la sonrisa de la madre; y, en efecto, la observación cotidiana nos muestra á esta última sonriendo á su hijo y tratando de provocar en él como si dijéramos la primera chispa de alegría, mucho antes que el tierno ser se halle en condiciones de corresponder con igual gesto á su madre.

V

ATENCIÓN Y VOLUNTAD. — Durante mucho tiempo el recién nacido es el juguete de sus reflejos y de sus instintos; el sentimiento de su individualidad le falta; los órganos de los sentidos son harto rudimentarios para suministrarle nociones exactas de las cosas; carece de ideas, en el sentido de imágenes retentivas distintas; la conciencia reflejada se halla ausente y la vida psíquica es puramente afectiva. Sin embargo, hacia el final del segundo mes, parece que por los progresos de la visión los niños han adquirido el sentido de la distancia y de la extensión y, al mismo tiempo, que se vuelven capaces de fijarse en lo que les rodea.

Al principio, la mirada era vaga, sin expresión, los globos oculares se mantenían paralelos, había imposibilidad de producir la contracción muscular necesaria para la convergencia de los dos ejes visuales sobre un objeto más ó menos distante. Es indudable que la impresión de la luz es percibida muy pronto por el niño en cuanto nace; pero el guiño de los párpados y la contracción del iris que constituyen la resultante de esta impresión no son en realidad más que reflejos cuyo dominio no excede de los tubérculos cuadrigéminos; la conciencia no tiene en ello participación alguna. Los movimientos para dirigir la cabeza y los ojos del lado de la luz son los primeros que se producen de una manera intencional; en algunos sujetos precoces, esos movimientos se notan ya al terminar el primer mes; algo más tarde, hacia la sexta semana, el niño es capaz de producir el mismo movimiento de la cabeza del lado de su madre ó de su nodriza cuando oye su voz. De este modo aprende á dar dirección á sus ojos; los lleva después hacia objetos alumbrados y, para fijar sus detalles, se vé obligado á esfuerzos sucesivos de acomodación que constituyen el primer esbozo de la atención. Se reconoce esta tentativa que hace el niño por fijarse deliberadamente en un objeto,

en una cierta tensión de los músculos de la cara, en un ligero parpadeo, en una rigidez de la mirada que hasta entonces no se había producido.

Lo que ha ocurrido con respecto á la vista sobreviene también para el tacto. Si acontece, en un principio, que los dedos del niño cojan y opriman el objeto colocado en la palma de la mano, se trata ahí de un puro reflejo en el que para nada entra la conciencia. Durante algunas semanas, el tierno sér agita sus brazos sin fin determinado; produce una multitud de movimientos que ensaya y repite sin cesar; luego, gracias al progreso de la visión, percibe los objetos, quiere apoderarse de ellos, contrae sus músculos torpemente al principio, pero progresivamente, á seguida de experimentos reiterados y por selección gradual, llega á producir las contracciones sinérgicas que permiten la aprehensión de los objetos y, sobre todo, la retención del objeto cogido; el sentido muscular se perfecciona al mismo tiempo que el sentido del tacto propiamente dicho.

La noción de la distancia es incontestablemente una noción adquirida, si hemos de juzgar por lo que vemos en el recién nacido ciego que acaba de ser operado. En el momento en que recobra la vista, es incapaz de ver á distancia, cree que los objetos que mira tocan sus ojos, no tiene ninguna idea de la posición que ocupan y los localiza en la extremidad del órgano; no puede operar, por consiguiente, la objetivación exacta de sus sensaciones visuales, y sólo de una manera lenta y progresiva, por la asociación del sentido muscular y del tacto es cómo llega á hacerse cargo de la situación, de la forma y del tamaño de los objetos, á reconocerlos, á adquirir, en una palabra, la noción de conexión entre esos objetos y su propio cuerpo. Lo probable es que una educación semejante se produce en el hombre en los comienzos de la vida.

Hacia fines del tercer mes, los progresos realizados han sido patentes; en vez del ser espinal y reflejo de los primeros días, encontramos una inteligencia activa que discierne, una voluntad que se afirma. Por el hecho de las impresiones agradables ó penosas, gracias á la prueba saludable del dolor, el niño ha tomado conciencia de su individualidad al mismo tiempo que ha adquirido la noción del mundo exterior. Los resultados obtenidos son tanto más evidentes, cuanto que, en el momento de nacer, se hallaba en ciertos conceptos peor dotado que algunos animales: los tiernos pollos que acaban de romper las cáscara saben inmediatamente picotear el grano colocado ante su vista; los perritos, en cuanto nacen, pueden correr; el potro recién venido al mundo se sostiene casi en seguida sobre sus patas; los monos antropoides son capaces de trepar con agilidad á una edad en que el niño no sabe aún valerse de sus manos.

Se notará que los progresos han sido obtenidos en la ausencia de la palabra, á pesar de haberse afirmado que el verbo es la característica de la humanidad; más aún: se ha llegado á decir que sin palabra no había inteligencia. La falsedad de este pretendido axioma salta á la vista tan luego como se quiere observar con algún detenimiento el desarrollo del alma humana. Preyer lo hace observar con grandísimo acierto: « El modo como los ni-

ños de todas las nociones aprenden á hablar y el ejemplo de los sordos de nacimiento establece de una manera patentísima la preexistencia de ideas claras, especiales, lo mismo que generales, mucho antes que sobrevenga la designación de las nociones por medio de palabras (1). » Es óbvio decir que la aparición de estas ideas generales durante los primeros meses de la vida no implica en modo alguno la preexistencia de ideas natas. Hallándose los recién nacidos en todas partes bajo las mismas condiciones iniciales desde el punto de vista del sueño, de la alimentación, del bienestar, y del dolor, nada tiene de extraño que su inteligencia evolucione en el mismo sentido, puesto que debe adaptarse á condiciones idénticas. El material del lenguaje, no digo ya el lenguaje mismo, sino el conjunto de los elementos — vocales y consonantes — que forman el esqueleto de la palabra, apenas si llega á ser adquirido antes de terminarse el primer año; hasta entonces, no hay más que sonidos variados, pero vagos, luego aparecen las vocales y después las consonantes; por último, las exclamaciones se vuelven cada vez más articuladas, pues el progreso del órgano vocal se opera, lo mismo que el de los miembros, por medio de tanteos, de imitaciones (2). Con todo, serán todavía necesarios largos meses antes que el lenguaje se manifieste distintamente y que exista una correlación exacta entre el nombre emitido y la imagen percibida ó la sensación experimentada.

Lo que hace la superioridad del hombre, es la aptitud maravillosa que posee su inteligencia para adaptarse al mundo ambiente, es el desenvolvimiento progresivo que se observa en cada etapa de su vida psíquica. Lo que es realmente notable es que entre las innúmeras impresiones que le llegan por conducto de los sentidos, entre las tentativas para reaccionar contra el dolor, en medio de influencias que obran en sentido contrario, el niño no conserva más que aquellas que le son útiles en la lucha por la existencia; tendrá necesidad de dar al olvido muchas cosas, y ésta es la razón, sin duda, por la cual presenta primitivamente tan poca memoria.

En suma, en la época en que nos detenemos, la organización psíquica es completa y el alma del niño ofrece el conjunto de las condiciones que caracterizan toda la vida mental, y que son la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad. Ciertamente que la primera de estas cualidades es la más aparente; pero la inteligencia y la voluntad han manifestado ya su existencia, no tardarán en predominar y, mejor que la sensibilidad, ellas serán las que habrán de permitir al tierno ser la conquista del mundo.

(1) PREYER. La Psychologie de l' enfant. (*Rev. scientif.*, 1896, p. 616.)

(2) TAINE. De l' intelligence. Nota I.

El Gerente JOSÉ PASCUAL Y PRATS.